

Schavelzon, Guillermo, *El enigma del oficio. Memorias de un agente literario*, Buenos Aires, Ampersand, 2022, 266 páginas.

“Lo marginal es lo más bello”, escribió Jorge Luis Borges en “Crítica del paisaje”, un ensayo de 1921, uno de los primeros de su larga carrera. *El enigma del oficio. Memorias de un agente literario* de Guillermo Schavelzon es fundamentalmente una celebración de lo marginal y lo periférico, de los mundos paraliterarios y extraliterarios. No la literatura, sino el margen de la literatura, sus bordes: esto es, las huellas de la vida (real) en los textos; las locaciones donde tuvieron lugar las prácticas compositivas de escritores nóveles y consagrados –los cafés, las buhardillas, los restaurantes–; los vínculos fraternos y aquellos esmerilados por el tiempo; y también, los derroteros de los libros ninguneados, *cancelados*, o *peregrinos*, es decir, aquellos que ninguna editorial, por diversos motivos, quería publicar hasta que la mítica Jorge Álvarez, o con posterioridad Galerna, fundada por Schavelzon (Buenos Aires, 1945) en 1967, sí quisieron.

De este modo, el volumen contribuye a escribir una breve *historia de los márgenes* de la literatura latinoamericana del siglo XX, un compendio de *marginalia*, una crónica de encuentros (a veces topetazos, a veces tropiezos) entre escritores sumamente relevantes y un inquieto editor, quien comenzó su itinerario en la década del 60, mientras estudiaba cine en la Universidad Nacional de La Plata. Su primer paso fue trabajar con 19 años en la ya mencionada editorial Jorge Álvarez donde aprendió pacientemente el oficio. Actualmente, es el agente de Elena Poniatowska, Claudia Piñeiro, Cristian Alarcón y Gioconda Belli; pasando por escritores que ya no están, como Osvaldo Bayer o Héctor Tizón.

Al comienzo del volumen, revela que fue Ricardo Piglia el instigador de estas líneas, quien lo animó a escribir estas experiencias. Ese bordar las trayectorias intelectuales a partir de una nimiedad dicha en una reunión o en una entrevista, es decir, ese *rescate arcóntico*, conforma treinta y seis estampas de escritores como Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Juan José Saer, Hernán Rivera Letelier, Beatriz Guido, Mario Benedetti; editores como Jorge Álvarez y personajes centrales de la cultura argentina: Diego Armando Maradona o Juan Domingo Perón, entre otros. También acopia anécdotas con europeos como Emilie Schindler y Oriol Regás. Todos pasaron *por sus manos de editor*, todos urdieron historias de encuentros y desencuentros, algunos le provocaron decisiones

imposibles de explicar racionalmente y activaron su memoria emotiva; con otros, se desilusionó.

Probablemente, la fuerza primera que motiva el abrir las páginas de este libro sea la fisgonería de un lector, una lectora por caso, incitada por la apabullante vida de un *lector superlativo* –entiéndase bien, no al estilo borgeano de lector total, sino al modo de quien mucho tiene leído y mucho tiene para contar–, que establece profundos vínculos de larga duración –de amistad y de camaradería, de estima y, en algunos casos, de admiración mutua– con los escritores publicados. En efecto, la voz que aflora es la voz del testigo de acontecimientos fuera de serie. Y esa posición de testigo que explora entre bambalinas el nacimiento de algunos libros que llegarán a ser sumamente destacados, contribuye a delinear el campo intelectual hispanoamericano, siendo a su vez parte central del entramado.

Por eso, Schavelzon no es ni solo un mediador cultural ni tampoco un relacionista público, menos aún un mero agente, es juez y parte. Una vez le oí decir al músico argentino Gerardo Gandini: “Cuando lo imprevisto se vuelve necesario”. Schavelzon, a través de estos relatos, es entonces un protagonista y un testigo cabal de lo imprevisible, de la sorpresa que se vuelve imperiosa necesidad.

Sin embargo, la lectora insistente, captada por un fluir de confidencias y por la construcción de escenas atrayentes con estelares y canónicos nombres propios de la literatura latinoamericana, se encuentra con un plus al abrir las páginas de este libro. Me refiero a los documentos de archivo: en efecto, se hace un uso crucial de estos materiales en el volumen. Las fotos, las tapas de primeras ediciones, las cartas –la de Osvaldo Bayer es realmente entrañable– ocupan un lugar cardinal. Sabemos con Derridá (1997) que “la técnica archivadora no determina únicamente, (...) el solo momento del registro conservador, sino la institución misma del acontecimiento archivable (...) El archivo ha sido siempre un aval y como todo aval, un aval de porvenir”. Quizás esta podría ser una paráfrasis de su vida: archivar (encuentros, amistades, literatura, vida) para construir un porvenir o, lo que es lo mismo, archivar para vivir.

Esos respuntes autobiográficos y biográficos alertan también que es un libro sobre el proceso creativo del editor, sobre esos esmerados puntos de partida para *descubrir* obras. Razón por la cual es, además, un catálogo sobre sus intuiciones, sobre la laboriosidad y sobre las sombras que aquejan el trabajo del agente literario. Aunque, fundamentalmente, podría ser definido también como una autobiografía a través del tamiz de la industria editorial.

De igual modo, podríamos sostener que el editor en cuestión es un lector hartamente sofisticado, intuitivo y profesional, que conoce muy bien su *metier*. Esas escenas en primera

persona del plural (siempre en el texto hay un nosotros; al menos dos, Schavelzon y un otro) se cristalizan sobre las arenas movedizas de los relatos que conforman casi un *contralibro* (o un libro a contraluz), no el libro literario sino el libro del detrás de la literatura. En efecto, esas *pinceladas* que condensan anécdotas e infidencias reconstruyen un palimpsesto de experiencias que, capa a capa, van otorgando una pátina novedosa a los personajes en cuestión: imágenes vívidas que les dan profundidad y altura, que muestran superficies porosas con dobleces y pliegues; es así como se pueden apreciar los escombros detrás de las figuras públicas. Las anécdotas conforman casi un inventario de sueños vívidos (*usados*, diría Raúl Antelo en su libro *Goya plagia Didi-Huberman*).

Cabe destacar que no es motivo de asombro que el catálogo de la editorial Ampersand esté confeccionado tan primorosamente. Esa destreza que presenta esta editorial se basa principalmente en el interés por las vinculaciones del mundo del libro y la edición.

Para terminar, volvemos a Borges. Escribió en “El inmortal”: “A mi entender, la conclusión es inadmisibile. Cuando se acerca el fin, escribió Cartaphilus, ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras. Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos”. Eso es este libro, palabras de otros, hechas don.

María Florencia Antequera
(IH IDEHESI CONICET-
Universidad Nacional de Rosario-
Universidad Católica Argentina)